

compendio de muchos misterios; y la fuente de muchísimos favores y gracias de todo género.

Todos se hartaron: todos se fortalecieron. Hé aquí el efecto del Pan Eucarístico: cuando se come con las disposiciones debidas, este Pan harta; y ya no se buscan los placeres de la tierra después de haber gustado los del cielo: este Pan fortalece; y por esto se le llama Pan de los fuertes.

La muchedumbre milagrosamente alimentada admira el poder y la bondad del Salvador; y en su entusiasmo quiere proclamarle rey. El humilde Jesús rehusa este honor, y se retira solo sobre la montaña (1): su reino no era de este mundo. ¡Oh! Nosotros que le conocemos mejor que los judíos, invitémosle á que venga á reinar en nuestros corazones. Este reino El lo desea; deseémoslo también nosotros con todo el ardor de nuestro corazón. La Comunión bien hecha somete á Jesucristo todas las facultades de nuestra alma, nos pone enteramente bajo su dependencia paternal.—Pidámosle hoy con la Iglesia la gracia de participar siempre santamente de tan santo misterio: *Da nobis, quæsumus, misericors Deus, ut sancta tua, quibus incessanter explemur, sinceris tractemus obsequiis et fidei semper mente sumamus* (2).

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*—Jesucristo.—Su celo incansable.—Después de cuidar de las almas, cuida también de los cuerpos.—Mirada compasiva de Jesús á las turbas las cuales se olvidan de alimentarse para ir en pos de El y escuchar su palabra.—Los Apóstoles con sus defectos y sus buenas cualidades. Su apresuramiento primero con Jesucristo para que despida á la muchedumbre; y después con el pueblo mismo para socorrerlo cuando Jesús lo manda.—Observad también esta multitud numerosa: ella tiene puesta

(1) *Fugit.... in montem ipse solus.* (Joan., VI, 15.)

(2) Postcomm.

toda su confianza en la bondad y poder del Salvador: á trueque de verle y oírle, nada teme.

PUNTO II Y III.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—Lo que dicen los apóstoles á Jesucristo: «Este lugar es desierto, y es tarde; despide al pueblo»—He ahí los hombres: sólo buscan descargar sobre otro lo que les pesa. Dios mío, no me enviéis á las criaturas: yo no tengo más confianza que en Vos.—¿Qué responde el Salvador? Manda á los apóstoles que den de comer ellos mismos á toda aquella muchedumbre para obligarlos á reconocerse impotentes, y dar á El solo toda la gloria del milagro que va á hacer. En las manos de Jesús los dones de Dios se multiplican; todos comen, todos se sacian; y de lo que sobra se llenan doce espuertas.—¿Qué sucedía en el corazón de los apóstoles y de los que comían este pan milagroso?—Ese santo banquete nos ofrece una imagen del banquete Eucarístico. El Pan del SS. Sacramento ¿no es infinitamente superior al que comió aquel pueblo?—Es manantial de muchísimas gracias. ¡Qué feliz hartura proporciona á los que le reciben dignamente! Imitemos el agradecimiento de las turbas. Jesús rehusó el reino que le ofrecían; pero acepta el reino de nuestro corazón, pues mucho lo desea.

#### MEDITACIÓN XLII

DOMINGO DE PASIÓN: Quis ex vobis arguet me de peccato? (1).—*El hombre apostólico y sus perseguidores.*

I. Si cumple con su deber tendrá siempre perseguidores.

II. ¿Cómo deberá conducirse para con ellos?

#### PUNTO I

*El hombre apostólico será siempre perseguido*

Siempre tendrá enemigos y perseguidores. Si alguien hubiera debido ser objeto de la admiración y afecto universal, era sin duda el Salvador de

(1) Joan., VIII, 46.

los hombres. La dulzura y amabilidad de su carácter, la multitud y naturaleza de sus milagros, los cuales patentizaban, á la vez que su bondad, su poder, hubieran debido granjearle los corazones. Y sin embargo ningún hombre fué jamás objeto de odio tan encarnizado y brutal.

¿Qué es lo que leemos hoy en el Evangelio? Conociendo Jesús las maquinaciones y tramas de los judíos que se obstinaban en quererle dar la muerte, El se esfuerza para abrirles los ojos y hacerles comprender la enormidad de tamaño atentado. «¿De qué me acusáis, les dice? Aducid un hecho con el cual podáis probar algo en contra de mí. ¿Quién de vosotros me puede convencer de pecado? *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?*» Es menester una total seguridad de sí mismo para hablar tan terminantemente á enemigos tan encarnizados. ¿Pero qué conseguirá la verdad sobre unos hombres que no quieren escuchar sino la pasión? Después de este reto, tan sencillo y á la vez tan modesto, no habiendo nadie aducido nada en contra de Jesús, era esta una señal evidente de que era irreprochable. El que hubiera seguido el dictamen de la recta razón hubiera debido sacar esta consecuencia. «Luego es un justo, un profeta, y acaso el Mesías.....» Pero no; dice la envidia: Es un samaritano, un enemigo de Dios y de su pueblo, está poseído del demonio: *Nonne bene dicimus nos, quia Samaritanus es tu et dæmonium habes?*» ¡Pero cómo! Porque uno no tiene pecado, ¿será enemigo de Dios y poseído de Satanás? La envidia confundida y abochornada se trueca en furor: ya no sabe sino insultar y blasfemar.

Los ministros de Jesús, si son fieles á los deberes de su misión, participarán siempre de la suerte de su buen Maestro. *Si me persecuti sunt, et vos perseverantur: si sermonem meum servaverunt, et vestrum servabunt.* (1). Todo ha sido predicho. Ellos son la luz del mundo y la sal de la tierra: ahora bien, la luz molesta á los ojos enfermos; la virtud ofende al vi-

(1) Joan., XV, 20.

cio. *Si veritatem dico vobis, quare nos creditis mihi?* (1). ¡Ah Señor! es cabalmente porque decís la verdad que no os quieren creer. Halaguemos al orgulloso con agradables mentiras, y nos creará sin recelo; instruyámosle con verdades que contraríen sus planes, y nos podremos dar por satisfechos si no apela á la violencia para agredirnos: *Tulerunt ergo lapides, ut jacerent in eum.*

Ni pensemos que serán tan sólo los impíos declarados y los libertinos de profesión los que nos proporcionen penas y sinsabores; pues la contradicción y la guerra nos vendrá á veces de parte de los que consideramos como amigos nuestros. S. Pablo se queja de esto mismo con acentos de dolor. Escribe á los Gálatas: «Me habéis recibido en medio de vosotros como á un Angel de Dios, como al mismo Jesucristo. Era tal el afecto que me profesabais que os hubieseis arrancado los ojos para dármelos...! ¿Cómo es, por tanto, que me troqué en enemigo vuestro en cuanto os dije la verdad? *Ergo inimicus vobis factus sum, verum dicens vobis?* (2) No; no hay lugar á dudas: ó abdicaré de mi santo ministerio, sacrificando mi conciencia, ó deberé resignarme á ver contrariados, combatidos, perseguidos mis santos propósitos.

Si quiero agradar al mundo, es menester que abraze sus errores, y me entregue á sus pasiones.

¡Dio mío, preservadme, os lo ruego, de tan criminal cobardía!

## PUNTO II

Cómo deberá conducirse el hombre apostólico con sus perseguidores

Jesucristo nos lo enseña. Era sanguinario ultraje para un judío el ser tildado de samaritano: lo es para todos el ser llamado endemoniado..... y ¡cuánto más

(1) Joan., VIII, 46.

(2) Gal., IV, 16.

debe serlo para el Hijo de Dios! Al primero no responde, porque no se trataba sino de un ultraje; al segundo, que le desacreditaba cerca del pueblo, y que no podía conciliarse con su celo para la gloria de su Padre, respondió exponiendo llanamente la verdad: «No, no es cierto que yo esté poseído del demonio, pues yo honro á mi Padre mientras que vosotros me deshonráis.» ¡Qué dominio sobre sí mismo! ¡Qué tranquilidad divina! Cuando El reprendía los vicios, dice San Jerónimo, su palabra era enérgica, *asper erat*; pero cuando se trata de defenderse de las afrentas que se le infieren, entonces no usa sino de la mayor mansedumbre: *Multa mansuetudine utebatur*. Niega que El sea endemoniado, afirma que El siempre honró á su Padre: en esto consistió toda su justificación.

Hé aquí nuestro modelo. Combatamos con energía las injurias que atacan á Dios, menospreciemos las que nos ofenden á nosotros: *Quæ ad Deum pertinent vindicare, quæ vero ad nos despicere* (1). Hagamos lo posible para que podamos decir con Jesús, sin que el corazón desmienta lo que pronuncien los labios: *Ego autem non quero gloriam meam; est qui querat et judicet*. Sí, hay quien se cuida de nuestra honra, y es Dios que todo lo ve, todo lo dirige, todo lo juzga, y que todo lo pondrá de manifiesto un día: *Qui autem judicat me, Dominus est..... qui et illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium* (2). A ejemplo de Jesús, dejemos que su Padre juzgue las injurias que se nos hacen: *Illatas contumelias Patris judicio reserva* (3). Dejemos á El el cuidado de nuestra estimación: nuestra causa es la suya y El la hará triunfar: en el último día, de seguro; y acaso también en la vida presente. Maldecidos por los hombres, seremos bendecidos por un Dios que nos proporcionará el consuelo de sus fieles servidores por las tribulaciones que hayamos padecido por El: *Ma-*

(1) S. Hier., Homil 54 in Joan.

(2) I. Cor., IV, 4, 5.

(3) S. Bonav., *Expos. in 4 l.*

*ledicent illi, et tu benedices: qui insurgunt in me confundentur; servus autem tuus lætabitur* (1).

La bondad de Jesús exaspera más y más á sus empedernidos perseguidores; toman piedras para condenarle, sin previo proceso, al castigo de los blasfemos. Pero su amor para con nosotros había elegido un suplicio más ignominioso aún y más cruel. El pasa en medio de ellos haciéndose invisible, y no los castiga sino sustrayéndose á sus iras; ¿No tiene acaso poder y derecho para castigarlos? Sí, pero El quiere enseñarnos que el poder debe muchas veces ceder á la paciencia; el derecho, á la caridad; porque es mucho más grande el saber sufrir que el vengarse; y vale mucho más no hacer uno lo que pudiera, que poder lo que quisiera.

No olvidemos que hemos sido enviados como corderos en medio de lobos, y conservemos siempre nuestro ánimo en la paciencia, de suerte que las ofensas más indignas no nos arranquen ni una palabra ofensiva ó menos recta. Devolvamos bien por mal, amor por odio, dulzura por cólera: *Noli vinci a malo, sed vince in bono malum*. (2) El Cordero de Dios, que dentro de poco será el alimento de nuestra alma, nos comunicará estas santas disposiciones, si se las pedimos con fervor.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El hombre apostólico será siempre perseguido*. Tendrá siempre enemigos y contradictores: los tuvo el Salvador. *Quis ex vobis arguet me de peccato?* No habiendo podido objetar nada á este reto, era señal evidente de que era irreprochable. Pero los enemigos de Dios no convienen en eso: dicen por el contrario que es un samaritano, un endemoniado... Esta es la suerte del buen Sacerdote. El es la luz del mundo y la sal de la tierra: pero la luz lastima los ojos

(1) Ps. CVIII, 28.

(2) Rom., XII, 21.

enfermos, la virtud ofende al vicio. La contradicción nos viene muchas veces de parte de aquellos á quienes consideramos como amigos. ¡O yo abdicaré de mi ministerio, ó de lo contrario me resignaré á ser siempre combatido, perseguido!

PUNTO SEGUNDO.—¿Cómo deberá conducirse el hombre apostólico con sus perseguidores? Jesucristo nos lo enseñó: «No, no es verdad que yo sea poseído por el demonio; yo honro á mi Padre.» ¡Qué dominio sobre sí mismo! ¡Qué tranquilidad divina!—Vengüemos enérgicamente las injurias que atacan á Dios; menospreciemos las que se nos dirigen á nosotros. Pongamos en manos de Dios el cuidado de nuestra justificación: nuestra causa es la suya. No olvidemos que hemos sido enviados como corderos entre lobos. Devolvamos bien por mal.

### MEDITACIÓN XLIII

VIERNES DE LA SEMANA DE PASIÓN.—*María  
al pie de la Cruz*

I. Su amor á Jesucristo nos da una idea de sus sufrimientos.

II. Sus sufrimientos nos ayudan á comprender cuál sea su amor para con nosotros.

#### PUNTO I

El amor de María hacia Jesús  
es la prueba y la medida de sus sufrimientos  
al pie de la Cruz

Mientras más grande sea el amor que Ella profesa al adorable Paciente que tiene ante sus ojos, más grande también será la parte que toma en sus sufrimientos; porque hay que tener presente que este es un martirio de amor, y que el corazón es la víctima. Ahora bien, ¿cuál es el amor de María para con Jesús? Es el amor de la más tierna de las madres para con su hijo; de la más santa entre las criaturas para con su Dios.

1.º Amor de madre; no hay en el mundo amor que lo pueda igualar. Una madre vive, sufre, se regocija en su hijo como si fuera en sí misma. Oigamos el grito de la Cananea: *Miserere mei..... filia mea male á dæmonio vexatur*: El Salvador al curar á su hija se compadece de ella misma. Dios al crear á María la destinaba á ser madre, y á ser Madre del Verbo Encarnado: le dió por tanto el más perfecto de los corazones. Por lo mismo, ninguno de esos sentimientos más ó menos desarreglados que agitan el corazón de las demás madres se halló nunca en el corazón de la Virgen Inmaculada; Ella amó siempre y únicamente lo que debió amar. Por último, ningún otro hijo ofreció tantos alicientes al amor de una madre, ya desde el punto de vista de las dotes personales, ya también por los incomparables favores que Ella había recibido de Jesús. ¿Hay acaso uno solo de sus privilegios que no se funde y apoye como principio ó como consecuencia, en su divina maternidad? Ella pues, le amaba como á su Hijo y como al más amable de los hijos. Pero, hay más.

2.º Ella le amaba como á su Dios. A las llamas del amor maternal se juntaban en su corazón todos los ardores de la divina caridad. Es sentencia unánime de todos los doctores, que desde el instante de su Concepción Inmaculada, su amor á Dios sobrepujó al de los serafines. Este amor, empero, iba cada día acrecentándose por el íntimo comercio que Ella tuvo con Jesús, no tan sólo durante los nueve meses que le llevó en su seno virginal, sino también durante los treinta y tres años de su vida mortal, y por su fidelidad á las gracias que recibía á cada instante; fidelidad que siempre hallaba su recompensa en el aumento de la caridad.—Con este corazón, por tanto, María amaba á su Hijo y á su Dios. Debemos fundarnos en esta consideración para poder sondear el abismo de dolor en que se vió sumida al ver el comienzo de su pasión, al considerarla en su progreso, pero sobre todo al ver con sus propios ojos la consumación de la misma en el Calvario.

Cuando llegó á sus oídos lo que había pasado du

rante la noche en el jardín de los Olivos y en casa de Caifás, ¡oh cómo se quejaría de no haber podido estar junto á Jesús, para enjugar el sudor de sangre y compartir el oficio de ángel consolador, para aliviar con sus adoraciones la enormidad de los ultrajes y suavizar las heridas de la brutalidad con su ternura.....! Se dispone á irle á buscar sin demora. ¡Mas ay! ¿Dónde le hallará y en qué estado? Ella ve á la muchedumbre que se avalanza hacia el pretorio, al saber la noticia de que va á ser flagelado..... Escucha el crujido de los palos que martirizan el Cuerpo de su Hijo: más tarde oye el ruido de los martillos que obligan los clavos á traspasar sus manos y sus pies.—Pero sobre todo al pie de la Cruz es donde debemos contemplar á la Reina de los mártires. Allí todos sus dolores llegan al colmo. Ya no se trata, como en la Circuncisión, de algunas gotas de sangre que Ella podía recoger; allí es toda su Sangre divina que mana de las numerosas y profundas heridas. No tan sólo no puede proporcionarle ningún alivio, sino que por el contrario, su presencia es para El un motivo de mayor sufrimiento..... ¿*Quis est homo qui non flet, Matrem Christi si videret in tanto supplicio?* ¡Oh Hijo! ¡Oh Madre! ¡Qué comunicación de amarguras; qué flujo y reflujo de dolores entre esas dos almas, que se comprenden de una manera tan admirable! Ellas se hieren mutuamente á causa de su recíproco amor.

Son dos hogueras que se comunican sus llamas. Nos parece oír á María que llora con Jesús moribundo y que con El se resigna: «*Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Pero á pesar de todo, ¡oh Dios mío, yo estoy siempre sumisa á vuestra voluntad, y os entrego mi alma, mientras os entrego la de mi Hijo, á la cual amo mil veces más que la mía.» De este modo, todo se ha consumado: el Hijo y la Madre se han inmolado el uno por el otro: *Consummatum est*. Mezclamos nuestras lágrimas á las de esta Madre desconsolada, arrepintiéndonos por haber sido la causa de su profundísima aflicción, pero al mismo tiempo busquemos allí los motivos de los más dulces consuelos.

## PUNTO II

Sus sufrimientos en el Calvario son la prueba y la medida de su amor hacia nosotros

Que la Madre de Dios sea verdaderamente todopoderosa para con su Divino Hijo, y que tan sólo es menester que hable para ser escuchada, afirmaciones son estas que no pueden ni siquiera ser objeto de duda, después del sinnúmero de hechos que lo atestiguan de una manera perentoria y de las aseveraciones categóricas de los doctores de la Iglesia que así lo enseñan. Hé aquí cómo San Anselmo resume la tradición sobre este punto: *Ut impossibile est quod illi a quibus virgo Maria oculos suæ misericordiæ avertit, salventur: ita necessarium est quod hi ad quos convertit oculos suos, pro eis advocans, justificentur et glorificentur* (1). ¿Qué más podemos pues desear, sabiendo que el amor que María nos tiene es igual á su poder; que Ella quiere nuestro bien con la misma eficacia con que puede procurarlo? Pero y ¿quién nos proporciona tan dulce convicción? María al pie de la Cruz. Consideremos lo que Ella hace por nuestro amor, y lo que hace Jesús moribundo para acrecentar más aún este amor mismo.

1.º Santo Tomás opina que Dios exigió el formal consentimiento de María para quitarle á su Hijo, del mismo modo que se lo había exigido para dárselo. Ella debió firmar el decreto de su sangrienta inmolación, así como había consentido á que se encarnara en su seno virginal. Mas ¿podía haber interés tan trascendental que fuese capaz de compensar en el corazón de tal Madre la pérdida de tal Hijo, sobre todo si se consideran las horribles circunstancias de su muerte? ¡Ah sí; el interés de salvarnos! Esto es lo que hizo decir á San Buenaventura: *Sic Maria dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret*. Su amor

(1) Apud. S. Anton. in parte 4, tit. 15, c. 14.

por Jesús fué su verdugo; su amor hacia nosotros fué su sostén.

Desde el momento en que el Angel le había anunciado que sería Madre del Redentor, Ella había previsto lo que le costaría una dignidad tan excelsa; lo ve ahora presentemente, y esa consideración le llena de estremecimiento. Pero el mismo amor é interés por nosotros, que la habían llevado hasta el extremo de aceptar tan terribles pruebas, la fortalecen ahora en este trance supremo. Las palabras que Ella había dicho al Angel al recibir la divina maternidad: *Fiat mihi secundum verbum tuum*, las repite ahora á Dios en lo más recio de sus dolores; ó más bien Ella dice con Jesús y con los mismos sentimientos: «*Pater, si possibile est, transeat a me calix iste*. Padre mío, si este cáliz puede alejarse de mí, sin que yo sienta toda su amargura.... mirad el rostro de vuestro Cristo, vuestro Hijo y mío..... ¿No ha padecido aún bastante? ¡Ah si pudieseis conservarle á El, y á su pobre Madre, el soplo de vida que le queda...! Pero si la Redención del humano linaje no puede ser abundante sin que exhale el último suspiro ante mis ojos mismos, hágase entonces vuestra voluntad: «*Non mea voluntas, sed tua fiat*.» Dios aguardaba este instante, en que el amor de María para con nosotros hubiese llegado al más alto grado de perfección, consiguiendo de Ella el más doloroso sacrificio, para revestirla de los derechos propios de nuestra Madre: *Ecce filius tuus...., ecce mater tua*. Mas, ¿comprendemos nosotros debidamente la impresión que debió causarle este último acto de la voluntad de Jesús en favor nuestro?

2.º Aun cuando no hubiese Ella tenido hasta entonces para nosotros sino indiferencia, sin duda que aquellas palabras y en las circunstancias en que las oyó, le hubieran inspirado el más ardiente amor maternal. Es su Hijo moribundo que le habla: «*Mulier, oh mujer! no quiero excitar vuestra sensibilidad dándoos un nombre más dulce; véis lo que Yo hice por los hombres y con cuánto anhelo busco su felicidad; pongo su suerte en vuestras manos. Sed su Madre; amadlos como á Mí me amasteis. Hé aquí*

mi discípulo Juan, imaginaos ver en él á todos mis discípulos, amadme en ellos, amándolos por amor mío. «*Ecce filius tuus*.» Si consideramos ahora las disposiciones de María, que ya nos eran tan favorables, cuando Ella escuchó este lenguaje, ¿quién nos podrá dar una idea del acrecentamiento de ternura que hubo de engendrar en su corazón esta postrera recomendación de Jesús agonizante? ¡Ah, que aun cuando una madre llegara á olvidarse de sus hijos, María no podrá olvidarse de los suyos; porque Ella no podrá olvidar el Calvario! Mitiguemos, pues, su dolor, esforcémonos para llenar el vacío, si fuera posible, que dejó en su corazón aquel Hijo adorable que quiso Ella sacrificar por nuestro amor; pero temamos sobre todo ocasionarle nuevos disgustos, desconfiando de su amor.

Nosotros tenemos á él derechos especiales como Sacerdotes y cooperadores de Jesucristo en la Redención de los hombres. Si San Juan en su calidad de discípulo representaba á todos los cristianos, en su calidad de apóstol representaba á todos los obreros evangélicos que hasta la consumación de los siglos han de aplicar á las almas los méritos de la Sangre del Redentor. *Eja mater, fons amoris, me sentire vim Doloris, fac ut tecum lugeam...., Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum, ut sibi complaceam*.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El amor de María por Jesús es la medida de sus sufrimientos al pie de la Cruz.*—Le amaba como á su Hijo. El corazón maternal es el símbolo de la ternura. Una madre vive en su hijo tanto y quizá más que en sí misma. Ningún otro hijo presentó tantos alicientes para el amor de una madre. ¿Hay acaso en Ella un solo privilegio que no le haya sido dado por Jesús?—Le amaba como á su Dios. Sí; su caridad desde el momento de su Concepción Inmaculada sobrepujaba á la de todos los serafines: ¿qué sería después de

treinta y tres años durante los cuales no dejó ni un solo instante de acrecentarse en Ella? Debemos tomar como fundamento estos dos principios para sondear el profundísimo dolor en que se vió sumida al ver el comienzo de su Pasión, al considerarla en su progreso; pero sobre todo al ver con sus propios ojos la consumación de la misma en el Calvario.

PUNTO SEGUNDO.—*Los sufrimientos de María al pie de la Cruz son la medida de su amor hacia nosotros.*—Santo Tomás opina que María debió dar su consentimiento formal para la inmolación de su amado Hijo, del mismo modo que lo dió para su Encarnación. El amor de María por Jesús fué su verdugo, y su amor por nosotros fué su sostén. ¿Cuál sería la fuerza de este amor que la hacía capaz de semejante sacrificio? y sin embargo, todavía debió acrecentarse prodigiosamente cuando su divino Hijo pendiente de la Cruz y como manifestando su última voluntad, le recomendó, momentos antes de expirar que nos adoptase por hijos. Los Sacerdotes tienen derechos particulares al amor de María por ser cooperadores con Jesucristo á la Redención de los hombres.

#### MEDITACIÓN XLIV

DOMINGO DE RAMOS.—*Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.—Contemplación.*

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Aproximándose Jesús á Jerusalén llamó á dos de sus discípulos y les dijo: «Id á esa aldea que está frente de vosotros y allí encontraréis una asna y un pollino con ella: desatadla y traédme los.....» Los discípulos hicieron lo que les había mandado. Trajeron la asna y el pollino, y poniendo sobre estos sus vestidos, hicieron que se montase Jesús. Una inmensa multitud del pueblo tendía sus vestiduras por donde había de pasar; otros cortaban ramos de los árboles y los esparcían por el camino.

Todos aclamaban á Jesús diciendo: «Hosanna al Hijo de David...» Pero los fariseos dijeron á Jesús: «Maestro, haz que callen tus discípulos» (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse el camino de Bethphage (2) á Jerusalén cubierto de ropas, ramos de árboles y una numerosa multitud que escolta al Salvador.

TERCER PRELUDIO.—Pedir á Nuestro Señor Jesucristo la gracia de conocer bien la vanidad de la gloria humana; rogarle que entre triunfante en nuestras almas y que jamás salga de ellas.

#### PUNTO I

Contemplar las personas.

Contemplemos á Jesús, al adorable triunfador. Él parte de Bethania y de la casa de Lázaro, dejando en esta familia, antes sumida en el colmo del dolor, el más puro y santo regocijo. Condesciende con la alegría de un pueblo que lo reconoce como Mesías ó al menos como un gran profeta. Admirad el conocimiento perfecto que tiene, lo mismo de lo futuro que de lo presente; de los actos que dependen de una voluntad libre como de los que són efecto de una causa necesaria. Cuando envía á dos de sus discípulos á la próxima aldea les predice con toda claridad el éxito de su misión. Contemplad su dulce y amable majestad en medio de tan espontánea ovación donde todo respira sencillez. Con calma está entre los honores como más tarde lo estará entre los oprobios. Sin ser insensible á las muestras de afecto que le tributan, piensa en la inconstancia del corazón humano.—Ved á los apóstoles que rodean á su Maestro y toman parte muy activa en el triunfo de que es objeto. ¿Conocen acaso

(1) Matth., XXI; Luc., XIX.

(2) Aldea poco distante de Bethania y á media legua de Jerusalén.